

Alondra

Laura Gallego

Alondra vivía en un delicado palacio de cristal, en la cúspide de un alto pico nevado rodeado de nubes. Alondra dormía en una enorme cama de plumas y se despertaba con los trinos de las más talentosas aves cantoras. Toda clase de pájaros acudían a visitarla y se encargaban de cumplir sus mínimos deseos. Venían de todos los rincones del mundo y le traían los manjares más exquisitos, los juguetes más ingeniosos, las ropas más finas, los tesoros más extraordinarios.

Pero nada de esto la hacía feliz.

Por las mañanas, al levantarse, lo primero que hacía era correr a la torre más alta del palacio, y desde allí contemplaba el amanecer. Pero mirase donde mirase, sólo divisaba el eterno manto de nubes que se extendía a sus pies hasta más allá del horizonte, y que era todo cuanto rodeaba su mundo, un mundo de nubes con un corazón de cristal.

Aparte de las aves, Alondra era la única habitante del palacio. Los pájaros la querían y la cuidaban, pero no entendían el por qué de su tristeza.

—Está claro que ella se siente diferente —graznó una gaviota.

—Pero, ¿por qué, por qué? —gorjearon los gorriones—. Tiene alas como nosotros. ¿Por qué ella es diferente?

Ninguna de las aves lograba encontrar una respuesta a aquella pregunta.

Mientras tanto, Alondra suspiraba y contemplaba el horizonte.

—Los pájaros vienen de muy lejos —se decía—. Tiene que haber algo más allá de las nubes. Debería investigarlo.

Pero no se atrevió. Día tras día planeaba marcharse. Una tarde decía:

—Mañana me iré.

Pero al día siguiente la interminable extensión de nubes le parecía aterradora. Y, cuando ya creía que jamás se atrevería a abandonar su palacio, una mañana se puso en pie sobre la balaustrada, desplegó las alas y dijo:

—¡Adiós!

Y echó a volar.

Algunos pájaros la siguieron, creyendo que era un juego. Otros trataron de gana en aquella carrera. Pero, según avanzaba, los fue dejando atrás.

—¿Adónde vas, adónde vas? —le preguntaban.

—¡Volveré! —era lo único que contestaba ella.

Una vez se detuvo para mirar atrás. Su palacio no era más que un débil resplandor en el horizonte. Las nubes seguían cubriéndolo todo, y Alondra se sintió inquieta.

—¿Adónde iré? —se preguntó.

Se dio cuenta entonces de que se había quedado sola, y tuvo miedo. Alzó la mirada y vio las primeras estrellas de la noche, pero le parecieron lejanas y frías. A sus pies sólo estaban las nubes.

—Tiene que ser por ahí —se dijo.

Se lanzó en picado hacia la capa de nubes que nunca se había atrevido a atravesar. Una humedad pegajosa la envolvió inmediatamente. Alondra se asustó, pero cerró los ojos y siguió descendiendo, a pesar de que sentía las alas mojadas, tenía frío y le costaba respirar. Al cabo de un rato, las nubes se abrieron, dejando ver un paisaje nocturno poblado de árboles. Alondra nunca había visto árboles, pero los pájaros le habían hablado mucho de ellos. Como estaba muy cansada, descendió hasta uno de los árboles y se acomodó en su copa. El árbol

movió las ramas para envolverla. Le hizo cosquillas con las hojas, y Alondra rio, más tranquila. Sin darse cuenta, se durmió.

La despertaron los trinos de las aves saludando al alba. Sobrevoló el bosque y jugó con los pájaros, y vio muchas criaturas que no conocía. Se sorprendió de que no tuviesen alas. Intentó entablar conversación con ellas, pero pronto descubrió que sólo las aves comprendían lo que les decía.

Alondra se quedó allí unos días más. Pero cuando volaba muy alto podía ver que a lo lejos el bosque se acababa, y ella quería saber qué había más allá.

—Si vas a marcharte, niña pájaro —le dijo un ruiseñor—, deberías tener cuidado con los humanos. No te acerques a ellos: no son gente de fiar.

—¿Humanos? ¿Qué son los humanos?

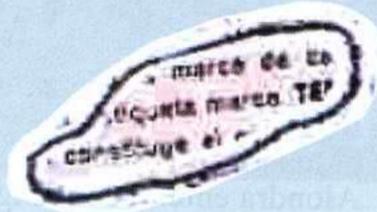
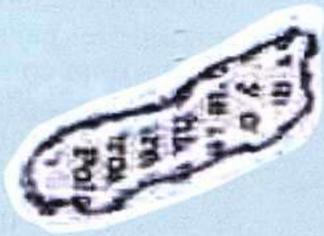
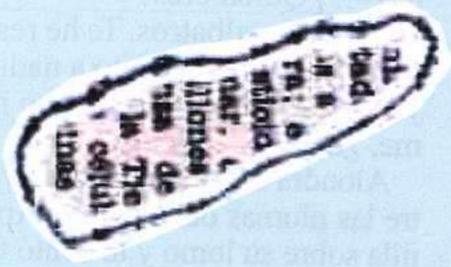
—Son seres crueles, embusteros y traidores. ¡Nos atrapan con redes, nos encierran, nos quitan las plumas, destruyen nuestros nidos, se comen nuestros huevos, se nos comen a nosotros!

—¿Y hay muchos?

—El mundo está lleno de ellos —suspiró el ruiseñor—. Créeme, son una plaga para el reino animal —dijo, alejándose hacia el corazón del bosque.

Alondra sentía más curiosidad que temor, de modo que una mañana partió, dejando atrás el bosque y sobrevolando los campos.

Vio muchas cosas a lo largo de su viaje, y vio a los humanos, aunque no se acercó mucho a ellos. Algunos huían de ella, otros la perseguían, otros se frotaban los ojos como si no creyesen lo que estaban viendo. A Alondra le sorprendió



¡Dades por un Centre de S. A. P. A.

oliveiro dumas 2002

OLIVEIRO DUMAS.

que fuesen tan parecidos a ella que hasta podía comprender la lengua que hablaban. Pero le horrorizó ver que carecían de alas. ¿Qué habían hecho con ellas? ¿Quién se las había quitado? Alondra se preguntaba por qué no echaban de menos sus alas, cómo era posible que no se diesen cuenta de que estaban incompletos.

Un día llegó a un lugar donde las casas (aquellas casas de paredes macizas que construían los hombres a ras de sue-

lo) eran más altas y estaban más juntas, había más ruido y más gente, y el aire era más difícil de respirar. Aquel lugar intimidaba a Alondra, de modo que fue con cuidado, escondiéndose de la mirada de los humanos. Habló con los gorriones y las palomas, y supo que había llegado a la Ciudad.

Pronto decidió que no le gustaba. Aquella gente sin alas caminaba mirando al suelo y respiraba un aire extraño

que volvía grises las plumas de los pájaros. Ella había tratado de imitar a los humanos, escondiendo sus alas bajo su vestido de plumas para caminar por el suelo junto a ellos, pero aun así llamaba su atención. Además, aquel suelo no era hierba, sino algo más extraño. Alondra podía sentir que la tierra lloraba, asfixiada bajo el peso del asfalto de la Ciudad.

—Ningún ave canta en la Ciudad— pensó Alondra tristemente, un día que so-

brevolaba los edificios de una tranquila zona residencial. Pero en aquel momento escuchó un delicioso canto de pájaro, y ella lo siguió, curiosa.

El ave que cantaba era pequeña y de un suave color amarillo, y estaba posada en un palo, en el interior de una casa de barrotes de metal.

—Hola —dijo Alondra—. Soy Alondra. ¿Quién eres?

El pájaro dejó de cantar y le explicó que era un canario. Alondra le dijo que cantaba muy bien, y el pajarillo se esponjó las plumas de orgullo. Entonces ella se dio cuenta de que la casa del canario estaba cerrada.

—¿Cómo haces para salir de aquí?

—No puedo salir. Esto es una jaula. Estoy encerrado aquí dentro.

Alondra se apresuró a abrir la puerta de la jaula. El canario saltó de un barrote a otro, nervioso e indeciso.

—Escápate, vamos. Huye. Sé libre.

—No quiero. Estoy bien aquí, y no conozco otra cosa. Me dan de comer y de beber, me limpian mi casa, me protegen si llueve o hace frío, me cuidan si estoy enfermo. ¿Para qué quiero salir ahí fuera y pasar hambre y frío? Cierra esa puerta. No es vida para mí. Cierra esa puerta. No quiero salir. Cierra esa puerta.

Con el corazón encogido, Alondra obedeció. Quiso decirle que más allá había un mundo nuevo, que el cielo era azul y los campos verdes. Quiso hablarle de todo cuanto había visto, pero calló, porque comprendió que el canario nunca tendría valor para adentrarse en lo desconocido porque siempre había visto el mundo a través de aquellos barrotes. «Es como los humanos —pensó—. No sabe que está incompleto. No quiere saberlo, porque tiene miedo de descubrir que una vez perdió algo importante que ya no puede recuperar.»

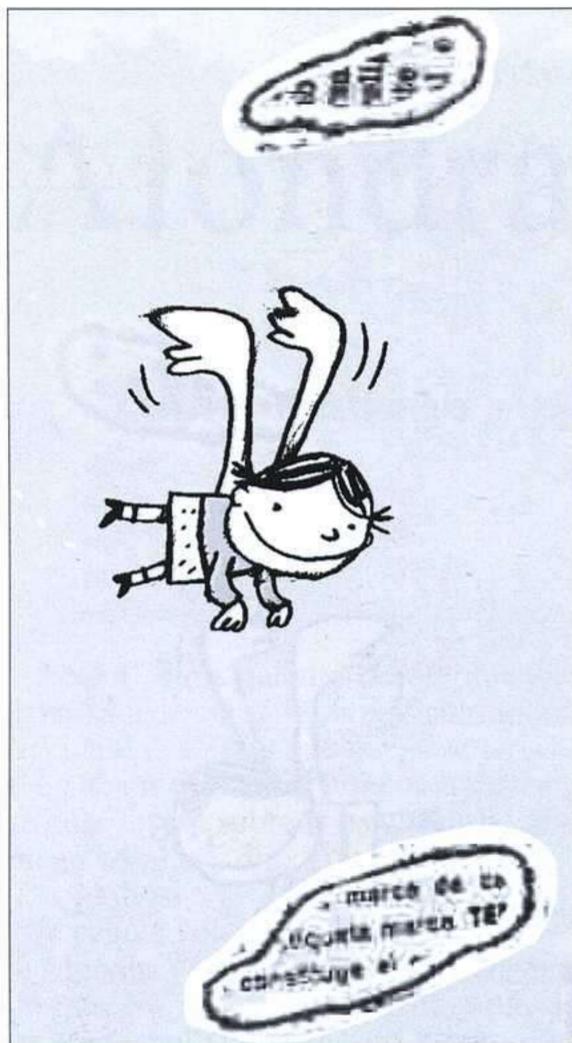
Entonces se oyó un chasquido y una ventana se abrió, y Alondra se encontró cara a cara con un niño humano. Alondra esperaba que él gritara, que saliera huyendo, que tratara de cazarla, pero el niño sólo la miró y dijo:

—¿Eres un ángel?

Alondra no sabía lo que significaba esa palabra.

—Creo que no. Soy una niña pájaro.

—Es verdad, estabas hablando con el canario. ¿Hay más como tú?



OLIVEIRO DUMAS.

Alondra se dio cuenta de que no lo sabía. A lo largo de su viaje había hallado aves y humanos, pero nunca humanos alados, o pájaros con cuerpo humano, o lo que quiera que fuera ella. Alondra entendía el lenguaje de aves y humanos, tenía cuerpo humano y alas de pájaro, y por primera vez pensó que tal vez fuera ella la criatura incompleta, un ser medio humano y medio pájaro que no pertenecía a ninguna de las dos especies.

Se dio cuenta, por primera vez, de que era una rareza.

Asustada, echó a volar sin despedirse del niño ni del canario. Voló y voló, muy lejos, lejos de la Ciudad, lejos de los hombres. Llegó hasta el mar, pero no se detuvo. No sabía hacia dónde iba, no sabía de qué estaba huyendo; sólo quería volar y volar, muy lejos, lejos de la Ciudad, lejos de los hombres.

Cuando la alcanzó la tormenta, estaba en alta mar. Alondra luchó valerosamente, pero no pudo evitar quedar como una pluma a merced del viento y de los elementos. Finalmente, cerró los ojos y se dejó llevar.

Cuando despertó, estaba seca y volaba

sobre el mar azul a lomos de un enorme pájaro de alas gigantescas.

—¡Buenos días, niña pájaro! —la saludó el ave.

—Buenos días —murmuró Alondra—. ¿Quién eres?

—Soy un albatros. Te he rescatado del mar. Nunca había visto a nadie como tú, y eso que he corrido mucho mundo; dime, ¿de dónde vienes?

Alondra se sentía cómoda y segura entre las plumas del albatros. Apoyó la mejilla sobre su lomo y le contó toda su historia. El gran pájaro escuchó atentamente y después dijo:

—Tú no eres una rareza, Alondra. Tú eres especial. Cuando naciste, las aves comprendieron que tu existencia significaba una luz de esperanza para ellas. Te han cuidado y te han protegido porque eres la prueba de que, una vez, los hombres y los pájaros fueron hermanos. Pero, aunque el hombre sigue escuchando los cantos de los pájaros, ya no los comprende. Nos mira con envidia y construye artefactos para poder volar como nosotros, pero nos caza y nos maltrata. Sin embargo, el hecho de que exista un ser como tú es una señal de que, algún día, las cosas pueden volver a ser como antaño, y tal vez aves y humanos encuentren un hogar común que puedan compartir en paz.

Alondra meditó las palabras del albatros y las encontró muy sabias. Entonces desplegó las alas y dijo:

—Quiero viajar hasta ese lugar. ¿Me acompañarás?

El albatros rio.

—¿No es allá de donde vienes?

—Sí. Allí no hay humanos, porque los humanos no saben volar. Pero, si yo fui la primera, tal vez luego vendrán más. Los esperaré. Y cuando lleguen, viviremos todos juntos, pájaros y humanos, y fundaremos una Ciudad de Cristal donde el cielo sea azul y siempre canten los pájaros libres.

El albatros rio de nuevo. Alondra batió las alas y se elevó en el aire, y juntos volaron hacia el sol poniente, de regreso al palacio de cristal.

Y, según cuentan los cuentos, allí siguen todavía, esperando a nuevos humanos con alas que hablen con los pájaros y sepan que ese lugar existe, en la cúspide de un altísimo pico nevado, rodeado de un manto de nubes.